

REGISTRO. García-Huidobro en la cumbre del Everest, 1992. Hoy, a los 55 años, está dedicado a dar charlas motivacionales, pero todavía sueña con volver al Himalaya.



EL LARGO CAMINO A LA CUMBRE DE *CRISTIÁN GARCÍA-HUIDOBRO*

En 1992 se convirtió en el primer sudamericano en subir el Everest, y lo hizo por la ruta más difícil. Dueño de una capacidad física fuera de lo común –que le ha permitido incluso correr ultramaratones–, vive hace años en Temuco y, quizás por eso, su historia es poco conocida. Hoy, Cristián García-Huidobro está convencido de que sus logros en la montaña tienen una explicación simple: “Solo hago algo que me fascina”.

POR *Sebastián Montalva Wainer*, DESDE TEMUCO.

Quizás lo que convirtió a Cristián García-Huidobro en el primer chileno y sudamericano en subir el Everest en 1992 –y hacerlo por su lado más difícil, la Kangshung Face, que hasta entonces registraba solo un ascenso previo y solo se ha repetido una vez después– no fue otra cosa que una mutación.

Cuando un ser humano está a grandes alturas, el corazón y los

pulmones funcionan al límite. La falta de oxígeno hace que las células, para evitar la hipoxia, aumenten la cantidad de glóbulos rojos en la sangre. Cuando aumentan los glóbulos rojos, la sangre se vuelve más pesada, más densa, más viscosa –como si fuese pasta de dientes–, y el corazón, entonces, debe bombear más fuerte. Sin embargo, hay personas que no necesitan aumentarlos pues gracias al entrenamiento y la continua escalada en altura funcionan

con menos oxígeno. Sus células han mutado: en vez de tener el núcleo en el centro, este se ha desplazado cerca de la superficie, acortando así el camino que las moléculas de oxígeno deben realizar hacia el interior.

“Eso es algo que Cristián ha logrado hacer todas las veces”, explica el doctor Alfonso Díaz, eminencia de la cirugía en Chile y miembro de esa expedición que subió el Everest, una mañana en su

departamento de Providencia. “Pero no es que él tenga una diferencia intrínseca con el resto de las personas: solo es capaz de hacer otras cosas con su cuerpo”.

Sentado al volante de su Audi A1, mientras recorre las calles de Temuco, donde vive hace casi dos décadas, Cristián García-Huidobro –un metro setenta, nariz pronunciada, barba incipiente, boina que cubre su calvicie, aunque deja asomar mechones largos rodeando la

cabeza, algo de barriga— no habla de células ni mutaciones. Para él, la explicación de su extraordinaria capacidad física, por la cual se le reconoce entre los montañistas chilenos y que le ha permitido escalar sin mayores problemas a grandes alturas —no solo el Everest, sino también el K2 y el Nanga Parbat, dos de los catorce ochomiles o cumbres de más de ocho mil metros que conforman el extremo de los desafíos para los andinistas—, es más sencilla:

—Yo soy una persona normal. Solo hago algo que me fascina.

Cristián García-Huidobro Valdivieso —55 años, ingeniero civil experto en computación, montañista, cuatro hijos, dos matrimonios, dos veces mejor andinista de Chile, siete ultramaratones, ex gerente de un holding empresarial, charlista motivacional— está convencido de que todo tiene que ver con hacer las cosas que a uno le gustan, y con la energía que eso produce. Cuando subió el Everest, dice, se sentía tan liviano y feliz que no se dio cuenta cuando pasó el Hillary Step, el famoso escalón previo a la cumbre, ubicado a 8.790 metros. Al peligroso monte K2, que consiguió en 1996, llevó una copa de vino para brindar con sus compañeros. Contraviniendo las reglas básicas del montañismo, como la de no comer proteínas ni grasas a más de cuatro mil metros porque no se digieren bien, él ha comido longanizas con tocino y huevos fritos porque eso lo hace más feliz y, por ende, escala mejor. Muchos años más tarde, se propuso correr ultramaratones —carreras de más de 40 kilómetros— porque dice que, durante esos enormes esfuerzos físicos, alcanza estados de conciencia que lo remiten a la levedad despreocupada de la infancia.

—Cuando chico era totalmente feliz, jugando en una familia de siete hermanos hasta el infinito. Las montañas me han permitido volver a conectarme con esos momentos. Ese silencio que se tiene bien de cabro chico, cuando uno está jugando con algo y es lo único que importa. Recuerdo cuando mi mamá regaba las plantas



SEBASTIÁN MONTALVA

1

2



1. REFUGIO. García-Huidobro en su "oficina" de Temuco, con sus objetos para hacer deporte y jugar. 2. TESTIGO. Su piolet con la bandera chilena en el Everest. 3. PARED. Vista de la Kangshung Face, por donde subieron en 1992.

“Si me tocaba ir a la cumbre y tenía tipo débiles a mi lado, debía ser capaz de llevármelos al hombro. Para eso debía entrenar como bestia”.

y le pedía la manguera, porque me encantaba sentir el chorro del agua, que tiene un sonido de fondo, como un silencio, pero con ruido. En las montañas me ha ocurrido algo similar. He sentido ese mismo silencio.

Hoy, alejado de las grandes cumbres, se dedica a dar charlas motivacionales (gghuidobro.cl), donde cuenta sus experiencias en la montaña. La mayor parte del tiempo lo pasa en una cabaña de madera de dos pisos que arrienda en las afueras de Temuco, en medio del bosque. Es su “oficina”: una especie de refugio ubicado a unos metros de la casa donde vive su mujer con sus tres hijos pequeños. En esa cabaña aislada, sin televisión ni radio, el mundo de García-Huidobro se despliega con un orden meticuloso. En el pequeño living está su colección de libros de montaña; en las paredes, tres fotos enmarcadas: en una está él, escalando el Everest en 1992; en otra, el K2, con una dedicatoria del legendario montañista británico Doug Scott, en la que



3

lo felicita por su ascenso de 1996; y en la tercera, el Kanchenjunga, el ochomil que sueña subir algún día. En la habitación contigua hay una repisa con libros de filosofía y autoayuda: Osho, Krishnamurti, Anthony de Mello. En la cocina, pequeña, varias piezas de salame cuelgan de mosquetones de escalada, junto con un set de cuchillos que resplandecen: están perfectamente pulidos. Arriba, en el segundo piso, hay una habitación dedicada a sus objetos de montaña —casco, piolets, cuerdas, crampones, mochilas, todo colgado en la pared—, y otra con colchonetas, dos bicis de fibra de carbono, un carro de arrastre, un par de patines, tres clavos de malabarismo, un monociclo y un arco con flechas.

“Desde que lo conocí tenía aficiones que otros no tienen, como disparar arco y flecha”, dice Paula Vergara, su esposa desde 1994 y madre de sus tres hijos pequeños, sentada en el living de su casa. “Él

tiene una personalidad distinta: si se pone un objetivo, nada lo va a parar. No es que sea un loco, porque un loco hace cualquier cosa. Él es vehemente y obsesivo: lo va a lograr a cualquier precio”.

La casa familiar es diferente al refugio de García-Huidobro: más grande, más desordenada. En la cocina, por ejemplo, los cuchillos no están perfectamente pulidos. Solo están dentro de un frasco.

—Pulir cuchillos, disparar el arco, hacer malabarismos, andar en bicicleta, son actos inútiles —dice García-Huidobro en su cabaña, mientras muestra su colección de cuchillos—. Es igual que subir cerros: no te produce nada, solo deudas. Yo descubrí que haciendo estas cosas con un genuino interés, sin el propósito de lograr algo, alcanzas otro estado de conciencia. El acto de pulir es como un mantra. En un momento, el “yo” y el “tú” dejan de existir, solo existe el acto mismo. Es algo inútil, pero que me mantiene totalmente vivo.

Todo partió con una foto.

Una imagen que cambió una vida. La de un hombre encaramado sobre un gran bloque de hielo.

—Yo miré esa foto y dije: “La sensación que debe tener ese tipo”. Miraba todo como desde el aire. Ahí se conectó mi sueño de infancia: desde chico siempre quise volar. No en un avión, sino volar como Superman.

Si de niño siempre le gustó hacer deporte, salir a correr, andar en bicicleta y “jugar hasta el infinito” en su casa santiaguina en



AFICIÓN. García-Huidobro pasa largos momentos puliendo objetos como cuchillos o mosquetones. “Pulir es como un mantra. Es un acto inútil, tal como subir cerros. Me mantiene vivo”, dice.

La Reina, siempre llena de gente, partiendo por sus seis hermanos (en total, son cuatro hombres y tres mujeres; Cristián es el cuarto), los cerros nunca fueron su ambición. Tampoco había antecedentes familiares: su padre, si bien había hecho atletismo de joven, trabajaba como funcionario público en el Congreso. Su madre era dueña de casa.

Solo cuando ya estaba en la universidad, la llama interior de García-Huidobro comenzó a arder. Y todo empezó con esa foto, tomada por Fernando, uno de sus hermanos mayores, durante una expedición a la Cordillera Blanca de Bolivia a la que fue como parte del curso optativo de montañismo en la Universidad Católica, que dictaba el profesor Claudio Lucero.

“No había por dónde llegaríamos a ser montañistas”, recuerda hoy Fernando. “Yo solo tomé este curso optativo porque necesitaba créditos. Cristián vio esa foto y se rayó con el montañismo”.

A su madre, Rebeca Valdivieso, también le sorprende el camino que tomó su hijo. “El único tranquilo



FOTOGRAFÍAS: ARCHIVO CRISTIÁN GARCÍA-HUIDOBRO

de mis niños era Cristián. Todos los demás eran unos salvajitos”, dice al teléfono desde su casa en Santiago. “Él podía estar en algo y el resto hacía samba canuta a su alrededor, pero él seguía en lo suyo. Lo que sí, siempre supo muy bien cómo defenderse. Recuerdo una vez cuando lo llevé al colegio de su hermano mayor. Él tenía tres o cuatro años y los alumnos comenzaron a molestarlo. Él le pescó la chaqueta a uno y le dio un tremendo cabezazo en el estómago. Siempre fue un gallo muy parado”.

García-Huidobro dice que de niño solo le interesaba jugar. Que en el colegio solía ser un desastre, que repitió segundo básico en el San Ignacio. Pero que en octavo, a punto de volver a repetir, todo cambió. “Le pedí ayuda a mi papá. Le dije: ‘Sálvame. Soy un analfabeto’”. Su padre, entonces, le compró un libro que García-Huidobro recuerda hasta hoy: *El hombre que calculaba*, de Malba Tahan, la historia de un árabe que recorría el mundo y en el camino se iba encontrando con las matemáticas.

—Con ese libro mi viejo logró hacer algo extraordinario: que me fascinaran las matemáticas.

LOGROS. Tras el Everest subió el K2 (1996) y el Nanga Parbat (2007). Luego se dedicó a las ultramaratonas: la última fue en 2011, una carrera de 250 kilómetros (en tres días) en el desierto de Atacama.

Ese verano estuve tres meses estudiando matemáticas por mi cuenta. Me metí a tal nivel que subí mis notas a 6,5 en el colegio y entré con 840 puntos en matemáticas a la universidad. Fui puntaje nacional.

Con esos resultados, decidió estudiar Ingeniería Civil Industrial en la Católica. Y fue entonces, mientras estudiaba, cuando vio aquella foto y se inscribió en el mismo curso de montañismo que hacía su hermano. Una decisión crucial que terminaría reuniendo al mejor equipo de escaladores de la historia de Chile.

“Este gallo es de personalidad fuerte. No es alguien que vaya a obedecer así como así. Pero, claramente, ante mis ojos, tenía muchas características que lo convertían en un gran hombre de expedición”.

Rodrigo Jordan era dos años

mayor que Cristián García-Huidobro, también estudiaba ingeniería y también había tomado el curso optativo de montañismo en la Católica. Pero integraba además la selección de escalada de la universidad, el equipo de elite, que comenzaba a plantearse grandes desafíos. El principal: subir el Everest. Cuando Jordan se convirtió en el organizador de esas expediciones, no tuvo dudas: quería a García-Huidobro en su equipo. “Cristián siempre fue muy fuerte físicamente. Llegaba con facilidad a todas partes”, recuerda Jordan. “Siempre lo he dicho: García-Huidobro es el mejor compañero de montaña que he tenido. Cuando miro mi historia, la cordada de ensueño era la que hacíamos los dos”.

El equipo hizo un largo camino de preparación en los Andes y, en 1986, intentaron subir por primera vez al Everest, pero no lo lograron. Lo reintentaron en 1989, otra vez sin éxito. Su tercera expedición, la de 1992, tenía que ser la definitiva. Pero la tarea no sería fácil: como no habían conseguido el permiso para subir por la ruta normal, que se hace desde Nepal, tuvieron que hacerlo por el Tíbet, donde se accede a la cumbre por la temible pared Kangshung Face, que solo registraba un ascenso previo.

—Las probabilidades de que llegáramos a la cumbre eran cero —dice hoy García-Huidobro, que por entonces tenía 31 años.

Para prepararse, García-Huidobro pasó todo un año subiendo y bajando en bicicleta hasta Farellones, a 2.500 metros de altura. De lunes a viernes, de 4 a 7 de la mañana, antes de irse a su trabajo en la Universidad Católica, donde desarrollaba softwares educativos, pedaleaba los 36 kilómetros que hay del inicio al fin de ese camino. Combinaba esa rutina con tres sesiones semanales de gimnasio y salidas a distintos cerros los fines de semana.

—No podía confiarme en que estaba mejor: si me tocaba ir a la cumbre y tenía tipos débiles a mi lado, debía ser capaz de llevármelos al hombro si fuese necesario. Debía entrenar como bestia.

La expedición —que integraron siete montañistas— fue una odisea



que duró 40 días. Con poco dinero para solventar el gasto, muchos tuvieron que vender sus pertenencias o pidieron préstamos bancarios. García-Huidobro, que para entonces ya se había casado con Julieta Mery —su primera esposa, a quien conoció en el curso de montañismo, y madre de su hija mayor—, hipotecó su casa. Ya en el Tíbet, tuvieron que contratar sherpas que los ayudasen a llevar los equipos al campamento base, y renegociar las condiciones con ellos varias veces en el camino. Al llegar, vieron que en el campamento base estarían solos: nadie intentaba subir el Everest por ese lado. A lo largo de 40 días pusieron dos mil metros de cuerdas fijas, para asegurarse, y empezaron a subir. Durante el trayecto vieron caer enormes avalanchas de nieve a metros de distancia; estuvieron expuestos a temperaturas de 50

bajar, se peleó con otro montañista, allí, en el techo del mundo, a 8.848 metros de altura.

La historia de este gran hito del andinismo chileno —el único que ha tenido reconocimiento internacional— tiene un capítulo muy comentado. Ese año 1992 dos equipos chilenos intentaron la cumbre del Everest en forma simultánea. Uno, el de Jordan y García-Huidobro. El otro, el del médico Mauricio Purto, que subió por la ruta normal. Entre ellos había un conflicto que se arrastraba desde que eran estudiantes. Esa mañana, cuando Cristián García-Huidobro vio llegar a Purto a la cumbre, se le acercó, le mostró el dedo del medio, le gritó “¡Te ganamos!” y le dio un discurso.

—Le dije lo que le tenía que decir, cosas que me parecían de mínima justicia —recuerda García-Huidobro—.

Sobre su famosa “pelea” en la cumbre del Everest en 1992, García-Huidobro cree hoy que fue inoportuno haberlo hecho ahí. “Habla mal de mí”, dice

Había una historia de conflictos entre él y varios miembros de mi equipo, que para mí eran graves. A pesar de haberlo valorado en su momento, hoy considero que fue inoportuno hacerlo ahí. Habla mal de mí. En realidad lo que correspondía era no afectarme por eso. Dejar que él viva con sus demonios y yo con

los míos.

El elegido para ir primero fue García-Huidobro. Salió solo en medio de la noche para llegar al amanecer. En palabras simples, su tarea consistía en aplanar el camino

para el resto del equipo, haciendo pequeños escalones en la nieve.

—Si esos escalones estaban mal hechos, me mataba. ¿Te imaginas el nivel de prolijidad con que iba a hacerlos? En momentos como esos, la pregunta no es si puedes llegar arriba, sino si puedes dar el paso que viene. Cuando logras entender eso, llegas al infinito.

Cristián García-Huidobro llegó al infinito a las 10:15 de la mañana del 15 de mayo de 1992. Los demás llegaron después, y se abrazaron entre lágrimas. García Huidobro estuvo, en total, tres horas, en éxtasis, fotografiando sus pisadas en la nieve que atestiguaban que había sido, ese día, el primer humano en la cumbre del Everest. Y, antes de

Cuando regresaron a Chile, la prensa celebró la hazaña nacional en el Everest —en un comienzo con informaciones contradictorias acerca de quién había subido primero—, pero al poco tiempo la atención se centró en la pelea y eso hizo que el reconocimiento por la gloria se diluyera entre la polémica. García-Huidobro, que había traído la bandera chilena desde la cumbre, estaba convencido de que al menos los iba a saludar el Presidente. No los invitaron ni a La Moneda.

Hace cuatro años, Cristián García-Huidobro dio un giro radical a su vida: dejó el mundo empresarial para dedicarse a las

charlas motivacionales. Hasta entonces, había tratado de combinar su pasión por el montañismo con su profesión de ingeniero. Al comienzo fue más fácil: mientras trabajaba en la universidad, se las arregló para emprender las dos expediciones fallidas y la expedición final, exitosa, al Everest. Cuando fue al K2, en 1996, estaba recién casado por segunda vez, con la artista visual Paula Vergara. En 1998, la familia se mudó a Temuco, donde García-Huidobro trabajaría desarrollando el programa *Enlaces*, un emblemático proyecto del Ministerio de Educación. Esa labor lo alejó de los ochomiles, a los que solo regresó en 2007, cuando subió, con nuevos compañeros, al imponente Nanga Parbat, su última expedición en el Himalaya.

En Temuco se concentró más en los negocios. Fundó una empresa de tecnología y luego se hizo cargo de un holding empresarial dedicado a los arándanos. Cada vez que podía subía algún cerro cercano, o corría ultramaratonos —la última fue en 2011, una carrera de tres días en el desierto de Atacama—, pero de pronto sintió que ya no era feliz con lo que hacía.

“Yo lo noté saturado de ese mundo”, dice Paula Vergara, su esposa. “Él me dijo: ‘No soy feliz así’. Así que lo apoyé en que lo dejara y le dije: ‘Hazlo no más’”.

Su hija mayor, Valentina, de 24 años y fruto de su primer matrimonio, cree que su papá se liberó. “Es lo que tenía que hacer. Yo me identifico mucho con él, sobre todo por los hobbies. Él tiene cosas muy obsesivas, pero más relacionadas con el tema de los juguetes: disfruta de la vida en cosas chicas”, dice.

EVEREST 1992. De pie, de izquierda a derecha: Juan Sebastián Montes, Dagoberto Delgado, Rodrigo Jordan, Alfonso Díaz, Cristián García-Huidobro. Sentados: Christian Buracchio, Chuldim Dorjee Sherpa, Ngnima Dorjee Sherpa y Claudio Lucero.

Esta mañana de julio, García-Huidobro está en Santiago: llegó anoche en bus desde Temuco para dar una charla motivacional a ejecutivos de una empresa de seguridad. En el salón de un hotel, frente a 120 personas, está de pie en medio de un pequeño escenario iluminado apenas por un foco, con un telón de fondo donde se ve una gran montaña nevada: el Everest. Se mueve de un lado a otro. Gesticula. Habla de la expedición de 1992. De los dos mil metros de cuerdas fijas que pusieron en la ruta. De las ollas, anafres y palas que llevaron: por más peso que significara, querían asegurarse de que podrían cavar un hoyo en la nieve para encender un fósforo y derretir hielo. Y dice que por eso, por haber sido un montañista conservador, un “cobarde”, es que ahora está vivo.

—Mírenme: este es el súper-hombre. Este es el primer chileno y sudamericano que subió el Everest. Miren estos músculos —dice, flexionando sus brazos comunes y corrientes, repasando su estatura mediana de arriba a abajo con las manos, mostrando su apariencia de tipo normal, con camisa, bluyines y zapatillas.

La audiencia en el salón estalla en risas. Cristián García-Huidobro también. **D**